

Transgenerismos, una aproximación de etnografía extrema: entrevista a Norma Mejía¹

Transgenerisms, an Approach of Extreme Ethnography: Interview to Norma Mejía

Raquel OSBORNE

UNED

Facultad de CC. PP. y Sociología
rosborne@poli.uned.es

Recibido: 7.10.08

Se le piden modificaciones sustanciales: 16.12.08

Aprobado definitivamente: 8.1.09

RESUMEN

En formato de entrevista, se presentan aquí los ejes principales que atraviesan la vida-reflexiones-tesis de la doctora en antropología social y transexual operada Norma Mejía. Mejía narra y analiza lo que ha visto y lo que ha vivido a través del prisma de la etnografía extrema, en la cual se funden el objeto y el sujeto, la visión etic y la emic, y la persona que observa forma parte del grupo observado. La peculiaridad de su caso es el fuerte contenido autobiográfico de su discurso, que convierte en indistinguible la pretendida separación sujeto/objeto característica de las ciencias sociales.

Mejía cuenta que cuando era un niño de 8 años residente en Bogotá, su ciudad natal, los medios de comunicación se hicieron amplio eco del caso de un transexual de hombre a mujer después de su Cirugía de Reasignación Sexual (CRS). Entonces fue cuando se dio cuenta de que deseaba ser transexual. Cuarenta años después, siendo prostituta transexual en Barcelona, decidió hacer una tesis de doctorado en antropología sobre los dioses de las sociedades tradicionales pero finalmente la hizo sobre transexualismo. Aprendió en la Universidad que la biología y la genética no tienen influencia en la psicología porque los seres humanos son construcciones sociales.

En 2001 tuvo problemas de salud y dejó la prostitución y la antropología. Se consiguió un trabajo modesto y un crédito. Se fue a Tailandia, se sometió a la CRS y cuando volvió terminó y presentó su tesis, llamada *Transgenerismos*. Entonces observó que la CRS la había cambiado, y no solo físicamente, y llegó a la conclusión de que, contrariamente a lo que había afirmado en su tesis, la biología tiene influencia en la forma de ser de las personas. Por ello, cuando el gobierno hizo una ley para permitir el cambio legal de sexo sin CRS ella estaba en contra. Estos y otros temas atraviesan el artículo que se ofrece aquí en un ejercicio de lo que Mejía denomina etnografía extrema.

PALABRAS CLAVE: Transexualismo, transgenerismo, Cirugía de reasignación sexual (CRS), prostitución, constructivismo, feminismo.

¹ Ésta es una entrevista imaginaria realizada por Raquel Osborne a partir de diversos escritos de Norma Mejía, en concreto de Mejía (2006 a) y Mejía (2006 b) así como de las propias declaraciones de Mejía, a quien agradezco la revisión del presente texto.

Este trabajo se ha realizado como parte del proyecto de investigación de título "Los cambios de las políticas públicas en torno a la sexualidad femenina desde el franquismo a la democracia: de la represión a las políticas públicas de igualdad", con número de expediente 140/07, aprobado en el marco del Plan Nacional de I+D+I (2004-2007). Proyectos de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico. PROGRAMA: Acción Estratégica sobre Fomento de Igualdad de Oportunidades entre mujeres y hombres.

ABSTRACT

The central themes in the life-thoughts-thesis of Norma Mejía. PhD in Social Anthropology and post-operative transsexual woman, are presented here in interview format. Mejía describes and analyzes everything she has seen and experienced from the perspective of extreme ethnography, in which object and subject become one, as well as the etic and emic visions, and the person who observes is part of the observed group. The peculiarity of her case resides in the strong autobiographical content of her discourse, which renders impossible the intended subject/object separation, so characteristic of social sciences.

Mejía explains that when she was an eight-year-old boy living in Bogotá. his home town. the case of a male to female transsexual person after going through Sex Reassignment Surgery (SRS) was widely covered by the mass media. It was then that he realized he wanted to be a transsexual person. Forty years later, when she was a transsexual prostitute living in Barcelona, she decided to write an Anthropology PhD thesis on the gods of traditional societies. but she ended up writing it about transsexualism. In the university, she learned that biology and genetics do not influence psychology due to the fact that human beings are social constructs.

She had health problems in 2001 and quitted prostitution and anthropology. She got herself a modest job and a loan. She traveled to Thailand, underwent SRS and when she returned. she finished and presented her thesis, titled *Transgenderisms*. She then noticed that SRS had changed her, and not only physically speaking, so she reached the conclusion that, contrarily to what she had declared in her thesis, biology does influence people's personalities. That is why, when the Government passed a law to make non-surgical sex change legal, she was against it. The article tackles this issue and several others that are offered here in an exercise of what Mejía defines as extreme ethnography.

KEYWORDS: Transsexualism, transgenderism, Sex Reassignment Surgery, prostitution, constructivism, feminism.

En el verano de 2006 organicé un curso sobre sexualidades en la sede de Santander de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, al que invité a Norma Mejía (Bogotá, 1944). Norma había presentado en enero del mismo año su tesis doctoral, *Transgenerismos. Ensayo de etnografía extrema*, dirigida por José Antonio Nieto. Coincidiendo con las fechas del curso fue publicada por Edicions Bellaterra con el título de *Transgenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*. Como reza la contraportada del libro, aunque probablemente siempre ha habido transexuales, la transexualidad, tal como la conocemos hoy en día (es decir, con hormonas sexuales sintéticas y cirugía de reasignación sexual), nació para el gran público de nuestra época con el espectacular regreso de Christine Jorgensen a los Estados Unidos después de su proceso transexualizador en Dinamarca, en 1952. Norma Mejía era entonces un niño y tenía la vaga impresión, que pronto se convirtió en certeza, de que la noticia le afectaba íntimamente. Con el paso del tiempo, ha estado en contacto con la transexualidad en varios países y desde diferentes puntos de vista: desde la represión y desde la aceptación de su propia transexualidad, como cliente de prostitutas transexuales y como prostituta transexual, como abogada de transexuales y como militante de un colectivo transexual, como novelista transexual (*Lorena, mi amor*) y como estudiosa de la transexualidad desde la antropología. En noviembre de 2004, un mes antes del terrible tsunami, se sometió en Tailandia a la cirugía para la reasignación de sexo. En su tesis/libro cuenta y analiza lo que ha visto y lo que ha vivido a través del prisma de la etnografía extrema, en la cual se funden el objeto y el sujeto, la visión etic y la emic, y la persona que observa forma parte del grupo observado, lo que en España conecta con la Escuela de Etnografía de Tarragona, caracterizada, más que por sus presupuestos teóricos, por su *praxis* investigadora, que suprime la distancia entre observador y observado (Guasch y Viñuales 2003: 13). Norma no puede dejar de identificarse con las personas objeto de su estudio porque no es una identificación conseguida a base de esfuerzo y de empatía (como suele ser la de los antropólogos) sino sencilla y llanamente porque es una de ellas. No es una antropóloga

que ha frecuentado transexuales y ha conseguido que la acepten. Su caso es el contrario. Es una transexual que ha estudiado antropología y que ha intentado que l@s las antropólog@s la acepten como una de ell@s.

P: Háblanos un poco más del enfoque de la etnografía extrema.

R: La etnografía extrema es aquella en la que el etnógrafo forma parte del grupo humano estudiado, como, por ejemplo, el miembro de una tribu india que describe la cultura a la que pertenece o la feminista que analiza el feminismo, y en mi tesis, evidentemente, una transexual que habla de transexualidad. Su peculiaridad no es tanto ésta como que con frecuencia lo hago de forma claramente autobiográfica, pues a la vez que sujeto, soy uno de los objetos de esta tesis (lógicamente, del que tengo más información). En realidad esta aproximación es sólo un aspecto en el más amplio género de la “nueva etnografía”, por medio de la cual el antropólogo está “siendo” o “volviéndose” lo que estudia o, en la jerga antropológica, “haciéndose nativo”.

P: Pero entonces, ¿dónde queda aquí la “imparcialidad”, o al menos, algún grado de objetividad que haga creíble tu historia más allá de ti misma?

R: Es que, como señala Anne Fausto Sterling, en el estudio del género, como en el de la sexualidad y la raza, es inherentemente imposible para cualquier individuo hacer investigación desprovista de prejuicios. En lugar de ello, continúa Fausto Sterling, debemos esperar que los investigadores individuales definan claramente —a la vez para ellos y públicamente— cuál es su postura, lo que piensan y, más importante, lo que *sienten* allá abajo, en sus vísceras, acerca de los temas sociales y complejos relacionados con su área de investigación, para finalizar con que ella no negaba su política. A pesar del gran condicionante que representa la inevitable solidaridad con las personas de mi misma condición transexual, intentaré ser imparcial, bueno, mejor diría imparcial y parcial a la vez, con un punto de vista tan pronto etic como emic, pues, repito, soy a la vez sujeto y uno de los objetos de mi tesis.

Como señalan Bolin y Granskog, en el paradigma etnológico convencional, uno adquiriría una visión emic o de iniciado como resultado del trabajo de campo. Darle sentido a lo emic desde una perspectiva científica occidental o etic requería que uno se separara analíticamente de su posición de iniciado. Lo subjetivo se convertía entonces en lo objetivo empírico. En mi caso, evidentemente, la visión emic no fue el resultado del trabajo de campo, sino que la precedió. Y de lo que me separo para darle sentido a lo emic desde una perspectiva etic no es de mi posición de iniciada sino de mi condición de transexual.

P: ¿Cómo conecta contigo lo sucedido a Christine Jorgensen?

R: Yo vivía entonces en mi ciudad natal, Bogotá. Informativamente, Colombia formaba entonces, y supongo que todavía, parte del imperio americano, y desde luego que no sólo informativamente, pero me limitaré a ese aspecto. Por ello pude vivir de manera bastante directa la fascinación de los estadounidenses primero por Christine Jorgensen y luego por la transexualidad en general. En una gran tienda de mi barrio se vendían muchas revistas americanas, en las cuales yo buscaba artículos relativos a la transexualidad, que frecuentemente tenían connotaciones eróticas.

Mi fascinación por Christine Jorgensen y por las transexuales era intensa pues ya sospechaba que yo misma lo era. A los cinco años, cuando me ponía los zapatos de tacón alto de mi madre, empecé a intuir mi transexualidad (la palabra no existía todavía, pero sí el hecho, probablemente desde siempre). Al llegar a la adolescencia ya no me cabían dudas. Pero varias veces la he aparcado en un rincón, incluso durante años. Me gustaba ponerme prendas femeninas (a escondidas, claro) y me identificaba con las mujeres. Pero no jugaba con muñecas ni era afeminado. Socialmente era lo que se llama un niño normal. Muchas transexuales lo han sido. Muy pocas transexuales han sido socializadas como niñas y, por el contrario, todos los seguimientos que se han hecho a lo largo de muchos años de niños muy afeminados, que parecían predestinados a convertirse en transexuales, han revelado que la gran mayoría de ellos, más del 90%, se convertían en adultos gays.

P: ¿A qué te refieres cuando dices que a veces has aparcado en un rincón tu transexualidad?

R.: Uno de los paradigmas de nuestra cultura es que cada persona ha de pasar toda su vida perteneciendo al mismo género. El transgenerismo y la transexualidad lo niegan. Una vez aceptados los cambios de sexo/género, se postula que son irreversibles, lo que la transexualidad acepta y el transgenerismo no. A los ahora llamados los dos-espíritus y antes berdaches, o transexuales nativas americanas, sus culturas les permitían adoptar la fórmula transgénica y cambiar de status de género varias veces a lo largo de sus vidas. Dice Anne Bolin que las tradiciones dos-espíritus pueden ser también intermitentes, es decir, que un individuo puede asumir temporalmente un estatus dos-espíritus, desafiando así nuestra noción occidental de que el género es inmutable. Estos individuos pueden adoptar un determinado estatus de género y despojarse de él varias veces a lo largo de su vida. Yo he cambia de género con facilidad. Sin saberlo, he seguido la tradición de las dos-espíritus. Por ejemplo, lo hacía cada semana cuando vivía en París, de los 19 a los 24 años. No todas las semanas pero sí con alguna frecuencia. Durante la semana era un serio y aplicado estudiante, primero de letras y luego de cine, y los fines de semana, una loca desmadrada.

P: De hecho, desde la antropología sí que se conocen más ejemplos de culturas que reconocen más de dos sexos.

R.: Sí, claro. Para los chukis, un pueblo de Siberia, había seis, y para los budistas tailandeses, cuatro o seis, según se mire, por citar sólo dos ejemplos. Y desde la ciencia actual también se puede defender la existencia de más de dos sexos. Desde la biología, Anne Fausto Sterling dice que hay cinco: mujer, hombre, falso hermafrodita femenino, falso hermafrodita masculino y verdadero hermafrodita. Para dictaminar el sexo de cara a los juegos Olímpicos, el Comité Olímpico Internacional ha establecido el criterio cromosomático. Si el vigésimo tercer par de cromosomas es XX, se es mujer, y si XY, hombre, pero es imposible

negar la existencia de personas con síndrome de Turner y con síndrome de Klinefelter, que no se ajustan a ese esquema. Si en el primero la fórmula cromosómica siempre es X0, es decir, que falta un cromosoma, en el segundo puede haber muchas variantes, que podrían considerarse sexos. El libro compilado por Herdt se denomina Terceros sexos, y no Tercer sexo, lo que implica la posibilidad de que haya más de un tercer sexo, de hecho, la de que no haya un límite al número de sexos, como no lo hay al número de géneros (según Martin Rothblatt hay tantos géneros como habitantes tiene el planeta). Las transexuales no operadas podrían constituir uno de esos terceros sexos y las operadas otro.

P.: Sin embargo, en nuestra cultura sólo se admite la existencia de dos sexos inmutables, lo cual se reflejaba en nuestro ordenamiento jurídico.

R.: Desde luego. Las instituciones de nuestra cultura se basan en que los sexos/géneros son inmutables, lo que la comunidad transexual niega. Aunque parezca anecdótico, yo misma soy un ejemplo de otras posibilidades existentes, reales y/o en el imaginario de la gente. Cuando sólo había un colectivo de transexuales en Barcelona yo me presenté en él como una seria doctoranda, con grabadora y bloc de apuntes, pero la presidenta sabía que yo era transexual y me miraba burlona. Juliana (nombre ficticio de una de las militantes del colectivo) me diría un día que durante mucho tiempo me tomé por transexual de mujer a hombre (los chicos transexuales entonces no tenían su propio colectivo y asistían a éste). Y un día, por indicación de Nieto, fui a visitar a la doctoranda que estaba terminando la primera tesis de doctorado en antropología sobre el lesbianismo que se ha escrito en España. Nunca nos habíamos visto y en cuanto me vio, me lo diría luego, pensó que yo era una camionera, es decir, una lesbiana viril. O sea, que yo como mujer paso muy bien, pero como lesbiana viril. Lo de lesbiana me gusta, porque lo soy. Lo de viril, no. Hay que decir que todo ello ocurrió antes de que me operara y ahora, con la operación, estoy segura de que he ganado feminidad.

P.: También el travestismo es otra forma de presentación de género.

R.: El mejor consejo que se puede ofrecer es el de “No sea usted transexual si puede no serlo”. Hay otras vías de dar salida a una feminidad interior irreprimible y el travestismo ocasional es una de ellas. Desgraciadamente, en nuestro país no existen asociaciones donde las personas con esas tendencias puedan reunirse y vivir juntas su feminidad durante un período de tiempo que puede oscilar entre unas horas y varios días. Hace no mucho vino a Barcelona un barco de lujo que realizaba un largo crucero en el cual viajaba un grupo de travestis americanos acompañados por sus esposas. En España eso actualmente es impensable, así como las fiestas y las ferias anuales de travestis a la cuales pueden asistir sus familias. Insisto en que estoy hablando de travestis ocasionales que habitualmente llevan una vida de hombres “normales”, casados y con familias, y cuyo lado femenino no suele ser conocido ni en sus trabajos ni en los ambientes sociales que frecuentan. Por el contrario en los Estados Unidos y en el Reino Unido existen sociedades con gran cantidad de miembros que acogen a personas con esos gustos (o esas necesidades) y que organizan actividades lúdicas multitudinarias.

P.: La transexualidad, en tanto que tecnología médica disponible para el cambio de sexo, apenas tiene algo más de medio siglo de existencia. ¿De qué forma transformó el mundo de la transexualidad, que por entonces no tenía denominación social?

R.: En el 52 no sólo nació el hecho sino también prácticamente la palabra. Digo prácticamente porque ya había sido empleada por dos autores, Kinsey y Caldwell, pero es en el 52 cuando, al utilizarla en un congreso médico, Harry Benjamin la pone en circulación. Y las palabras tienen mucha importancia. Es posible creer, con Ian Hacking, que son ellas las que crean los tipos humanos. Muchas veces se ha repetido que el homosexual sólo existe desde el siglo XIX, porque fue entonces cuando se acuñó la palabra, y ello independientemente de que las relaciones homosexuales existieran desde

muchísimo antes. No es lo mismo decir travesti que transexual, aunque se haga referencia a la misma persona, ni mujer homosexual que lesbiana, y si la palabra transexual fue creada e impulsada por especialistas, transgénerica nació en el seno del grupo de personas a las que hace alusión, y por ello en los Estados Unidos el uso de la segunda es una especie de declaración de independencia. En España ha ocurrido lo contrario y transgénerica es vista como una imposición externa, por lo cual no ha tenido éxito entre las trans.

P.: Creo que estás casada. ¿Cómo conociste a tu mujer?

R.: Ejerciendo la prostitución callejera, que era a lo que ella también se dedicaba, las dos en la zona del Arco del Triunfo de Barcelona, ella como mujer biológica y yo como travesti o, como se diría ahora, como transexual.

Aparte de períodos ocasionales más cortos, durante doce años seguidos practiqué la prostitución transexual callejera, y viví de ella. Vivía en el barrio Chino y leía bastante, sobre todo a Freud. Empecé a leerlo para intentar curar, o, al menos, entender las terribles depresiones de mi pareja. Y es que habiendo dejado ya claro que soy transexual, creo que no está de más añadir que me atraen tanto las mujeres como las transexuales. Mi pareja, como yo, tiene inquietudes religiosas. Nuestra relación empezó hablando de temas religiosos, ella como protestante luterana, la religión en la que se crió, pues es finlandesa, y yo desde un taoísmo impregnado de budismo y de hinduismo. Y de la religión mi pareja y yo pasamos, sin solución de continuidad, al sexo. Hicimos cierta la frase de que entre el sexo y el infinito no hay nada, pero haciendo el recorrido al revés.

P.: ¿Pero cómo fue que se te ocurrió vivir de la prostitución?

R.: En los años ochenta yo vivía en Madrid completamente aislada. Me pasaba los días en la Biblioteca Nacional y estaba experimentando experiencias hinduistas, budistas y taoístas. En esas estaba cuando se me acabó el dinero con el que había estado viviendo, una pequeña herencia que me había dejado mi madre, y regresé a

Barcelona, donde ya había vivido 14 años, y fue entonces cuando decidí dedicarme a la prostitución transexual. Como explico en mi tesis, no lo hice porque esperara ganar mucho dinero, y, en efecto, gané relativamente poco. Otras ganaban mucho, pero yo no. Hay que decir que empecé con 45 añitos, que en eso de la prostitución es más bien una edad para retirarse, y en cuanto a mi físico, digamos que reconozco que no es espectacular, como el de algunas trans jóvenes.

P.: La verdad, Norma, es que no parece que tengas mucho que ver con la trans típica, o al menos con la idea que el común de los mortales tiene de lo que es una transexual.

R.: Quizás pueda parecer que soy una transexual demasiado atípica para que lo que cuento de mí sea representativo, pero no te creas. Para la tesis hablé con muchas transexuales, además de con las que he hablado por otros motivos, y con casi todas he encontrado cosas en común. Suramericanas y particularmente colombianas, hay a montones actualmente. Que se dedican a la prostitución y al mismo tiempo van a la universidad, en mi tesis hablo de dos. Que no les atraen los hombres y en cambio sí las mujeres y las trans, o sea, lesbianas, mi impresión es que en Barcelona lo somos la mayoría. Una que escribe y de la que hace unos años se hablaba mucho también se dedica a formas de espiritualidad ajenas a la sociedad en que vivimos, no a las mismas que yo, pero también consideradas exóticas. Yo creía que era la de más años, pero en un acto público de desagravio a las víctimas del franquismo por motivos sexuales descubrí a una mayor que yo, que había pasado casi toda su vida adulta en el extranjero. Cada transexual es, en su conjunto, como un plato que es único, pero cuyos ingredientes también se encuentran en otros platos.

P.: ¿A qué crees que se debe que no haya prácticamente trans mayores que tú? Porque tampoco es que tú seas tan mayor.

R.: Es verdad que la mayoría de las trans mueren jóvenes –o al menos entre las que no se camuflan, haciéndose pasar por mujeres bioló-

gicas y evitando todo contacto con el transexualismo, lo cual podría poner en evidencia su condición—. Es que en los años ochenta el enganche a la droga causó la muerte de la gran mayoría de las transexuales. No existen estadísticas oficiales, pero según las oficinas el porcentaje de transexuales muertas podría llegar al 80% en Barcelona (en Madrid parece que fue menor). Y yo atribuyo mi no enganche a la droga, a pesar de tener un temperamento adictivo y de haber vivido mucho tiempo en medio de ella, a mi adicción al alcohol, aunque por suerte no pruebo las bebidas alcohólicas desde 1982.

P: ¿A qué atribuyes semejante masacre?

R.: En el enganche masivo a las drogas por parte de las transexuales tuvo mucho que ver que para ellas eran una vía de escape a la tensión provocada por la fuerte represión vivida durante el franquismo y a comienzos de la transición en España, muy superior a la que se daba en otros países de nuestro entorno cultural. Durante el franquismo una persona podía ser detenida simplemente por vestir de forma que no se correspondiese con su sexo biológico (o sea, en la práctica, por tener una documentación de hombre e intentar aparentar ser mujer), sin necesidad de que hiciese nada. También en Francia había una ley que lo prohibía expresamente. La policía le había hecho a Coccinelle —la transexual más conocida de Francia, actriz en cabarets y protagonista de las revistas sensacionalistas desde los años 50— un documento en el que la autorizaba a vestirse de mujer. Y, en los Estados Unidos, Harry Benjamin daba a sus pacientes transexuales un certificado dirigido a la policía en el que explicaba que no eran delincuentes ni personas perversas. Pero ni en los Estados Unidos ni en Francia existía la represión que existía aquí, primero al amparo de la ley de vagos y maleantes y luego de la ley de peligrosidad social, que no era tan dura pero permitía las redadas.

A la muerte de Franco las cosas no cambiaron inmediatamente y, en lo que concierne a la visibilidad transexual, llegó a parecerme que no cambiarían nunca. Yo vivía aquí desde el 68, o sea, que me tocaron 7 años de franquismo. Es cierto que la democracia iba llegando, pero pen-

saba que ello no necesariamente afectaría a la transexualidad. En Barcelona ya hacia finales de los setenta había una concentración notable de transexuales. No de hombres vestidos de mujer, sino de auténticas transexuales, con sus buenos pechos, sus anchas caderas, su pelo largo y teñido, sus vestidos y maneras provocadores. Como cuento en la tesis, casi todas vinieron con la ilusión de poder llevar una vida de mujeres normales, que era lo que se sentían. Y chocaron contra el duro muro de la realidad. Aprendieron en sus propias carnes que el destino habitual de la transexual es ser utilizada sexualmente por la noche y despreciada durante el día. Los hombres sólo las quieren para pasar un buen rato. Luego, si te he visto no te conozco. Los trabajos “normales” a los que podían aspirar, tipo camarera o mujer de la limpieza (en general, tenían pocos estudios) les estaban vedados. Sólo les quedaba la prostitución. Pero la gran tragedia de este ejército, salido de la sombra, de espléndidas transexuales, las más deslumbrantes que he visto nunca, fue la heroína, y no que tuvieran que dedicarse a la prostitución, respecto a la cual existe una gran hipocresía. Así que la droga y el sida, que empezó a hacer estragos por aquel entonces, se llevaron a la mayoría de mis compañeras.

P: Volviendo, si te parece, a tu dedicación a la prostitución transexual, ¿podemos decir entonces que eres bisexual puesto que tus clientes eran hombres “heterosexuales”?

R.: Bueno, la verdad es que tenía que esforzarme mucho para ser amable con los hombres, porque no sólo no me atraían sino que incluso me daban miedo. Cuando iba con un cliente la primera vez, que generalmente también era la última, casi siempre lo hacía muriéndome del susto. Aunque me hubiese pasado toda la noche sin hacerme un duro, cuando un tío que había detenido su coche a mi lado para preguntarme el precio arrancaba sin pedirme que subiera, sentía alivio. Otra cosa es que la amabilidad y la pasión fingida formen parte del trato. Con mis pocos clientes habituales era diferente. Una vez desaparecido el miedo con ellos me relajaba y a veces disfrutaba, pero, como comento en la tesis, no me considero bisexual pues sólo he ido con hombres a cambio de dinero, y casi siempre con miedo.

P.: Pero ¿por qué te seguiste dedicando a la prostitución si, como dices, no ganabas mucho dinero –como sí ocurría a otras compañeras– y siendo abogada podías haberte ganado mejor la vida y además pasabas miedo?

R.: Sí que es verdad que para mí no era la única forma que tenía de ganarme la vida, y no me hubiera sido imposible hacerlo de otra manera, pero sí era la única manera de vivir como mujer. Es lo que nos ocurre a las transexuales que no somos lo suficientemente femeninas para pasar normalmente por mujeres. De entrada, sí lo conseguimos (al menos, yo), pero no por mucho rato. Por eso te decía antes que, si me sentía relajada con los clientes habituales, podía experimentar la enorme satisfacción que el transexual obtiene de ser tan completamente aceptado como mujer, tal y como comenta Benjamin. Ésa es una de las razones por la que, desde mi punto de vista, tan vinculada está la transexualidad con la prostitución trans y con la prostitución sin adjetivos como el sexo con el género y con la sexualidad. Pertenezco al grupo (no sé si mayoritario o minoritario) para el cual la transexualidad sin prostitución no tiene sentido. Y ello a pesar de mi androfobia.

P.: Pero entonces, ¿no se puede entender la transexualidad sin la prostitución?

R.: No pretendo generalizar pero sí señalar que para mi generación, al menos en los medios que yo he frecuentado, la transexualidad estaba vinculada a la prostitución. Desde 1964 he tratado con transexuales, principalmente en París, en Barcelona y en Bogotá, y solamente en 1998 vine a conocer transexuales que no se dedicaban a la prostitución. Y a una amiga mía, a la que en la tesis llamo Noemí, que es de Barcelona y once años menor que yo, le ocurrió aproximadamente lo mismo. En ello interviene la visibilidad. Las transexuales que tienen éxito en tanto que tales son las que se integran en la sociedad como mujeres y no son localizables en tanto que transexuales, mientras que las que se dedican a la prostitución transexual necesariamente sí lo son ya que sus ingresos dependen de ello. La transexualidad es una condición paradójica cuyo éxito implica su desaparición, o, al menos, su no detectabilidad. La transexual que como transe-

xual triunfa es aquella de la que se ignora que es transexual. Ahora, hasta a qué círculo de intimidad debe y puede llegar esta ignorancia de su condición es un tema difícil. Harry Benjamin habla de una transexual de la que su marido ignora que lo es. ¿Es esa la situación ideal para una transexual? A mí me parece que no, pero es una cuestión muy personal. El hecho de que mi pareja sea mujer biológica quizás me haga ver la cuestión de forma diferente a como supongo que la veía la transexual de la que habla Benjamin.

Volviendo a la vinculación entre prostitución y transexualidad, no es sólo una apreciación subjetiva sino que tiene una base objetiva, estadística. A falta de una estimación directa, para calcular el número de transexuales que hay en España se recurre a los índices de prevalencia considerados más fiables, los fijados por el *equipo de Ámsterdam*, que son de 1/11.900 de los mayores de 15 años para los transexuales de hombre a mujer y de 1/30.400 para los de mujer a hombre, lo que da para la población actual de nuestro país aproximadamente 1.700 en el primer caso y 700 en el segundo. Por otra parte, se admite generalmente que en España se dedican a la prostitución unas 300.000 personas de las cuales son transexuales el 7%, o sea 21.000. ¿Cómo se explica que mucho más del 1.000% de las transexuales se dedique a la prostitución? Cuestión de palabras, o, si se prefiere, de definiciones. En Holanda se requiere la extirpación de las gónadas para conceder el cambio legal de sexo, es decir, para considerar transexual a una persona, y aquí no. Quizás, después de todo, no fuese tan descabellado denominar travestis a las no operadas y transexuales sólo a las operadas.

P.: Y en tu caso, ¿cómo o cuándo dejaste la prostitución?

R.: Yo no dejé la prostitución, me dejó ella a mí. Tuve que abandonarla porque dejó de darme suficiente dinero para vivir. Si ello no hubiese ocurrido, probablemente seguiría en ella, aunque no en el Arco, que prácticamente ya no existe. Y la mayoría no van a dejarla aunque les hayan facilitado mucho el cambio legal de sexo porque es una forma de vida cómoda, sin jefes ni horarios y en la cual trabajas los días que quieres. Ten en cuenta que en la prostitución transexual el proxenetismo no existe.

P.: Bueno, ya sabes que organismos como la ONU condenan la prostitución por considerarla una forma de esclavitud de la mujer.

R.: Sí, no hace mucho la ONU hizo un informe sobre la prostitución y llegó a la conclusión de que nadie la ejerce por libre elección. ¿Libre elección entre qué y qué? La prostitución comprende desde las que viven como esclavas hasta las que lo hacen como reinas y que no cambiarían su profesión por ninguna otra. Hay muchos trabajos (yo diría que la mayoría) que anulan más a la persona y le ofrecen menos alicientes que la prostitución (me refiero a la callejera, la única que conozco). He trabajado al lado de profesionales de la prostitución, tanto mujeres como transexuales, a quienes su poca preparación probablemente no les hubiera deparado grandes éxitos en el mercado del trabajo, y que, sin embargo, han logrado acumular capitales. Y varias mujeres han conseguido que sus hijas sacaran adelante carreras universitarias. Algunas hasta logran evitar la marginación. Me decía una compañera, que vive fuera de Barcelona: “Es que aquí sólo soy una puta, mientras que en mi pueblo soy toda una señora”. Es cierto que vivía con miedo de que la reconociera alguien de su pueblo.

Y, de cualquier forma, de todas las personas que trabajan en todos los sectores, muy pocas lo hacen por libre elección, sino por necesidad. La mayoría preferiría no trabajar en nada en absoluto, si pudiera permitírselo.

P.: Hablando de tu operación de reasignación de sexo, cuéntame cómo fue ese cambio de opinión, tú que siempre te habías manifestado en contra.

R.: Como militante de un colectivo transexual yo había defendido con vehemencia la promulgación de una ley que concediera el cambio registral de sexo a las personas transexuales sin necesidad de operarse. Antes de entrar al colectivo, no. Entre los clientes de la prostitución y, en general, en la calle, se llamaba travestis a las no operadas y transexuales a las operadas. Al entrar al colectivo yo discutía mucho con la entonces presidenta, que me decía que todas, tanto las operadas como las no operadas, eran transexuales pues el sexo no está en los genita-

les sino en la cabeza. Esta postura se denomina transgenerismo pues pone el énfasis en el género, que es primordialmente psicológico. Yo insistía en que las no operadas éramos diferentes de las operadas y que por tanto lo correcto era que se nos diera un nombre diferente, travestis. Al cabo de un tiempo cambié de actitud, convencida menos por la presidenta que por la antropología pues muchas culturas han desvinculado el sexo de los genitales. No tuve en cuenta que en esas culturas una persona, por muy femenina que se sintiera y que pareciera, no podía operarse pues no se conocía la operación. Y a mí, inconscientemente, me interesaba restarle importancia a una operación que no podía hacerme porque económicamente estaba fuera de mi alcance. En la tesis comento que mi actitud era como la de la zorra con las uvas, que al ver que, después de mucho intentarlo, no puede llegar a ellas, dice: las uvas están verdes, no se pueden comer.

Como soy una extremista, me dediqué durante muchos años a defender con vehemencia esa postura, que implica la inutilidad de la operación y que es la que sostengo en mi tesis. Es una postura liberadora para las personas con conflictos de identidad sexual, a las que abre la puerta para que puedan decir: “Yo soy lo que creo que soy y mi identidad es la que yo afirmo que es”.

P.: Sí, pero, ¿cómo tuvo lugar tu cambio de opinión hasta el punto de operarte?

R.: En el 2001 tuve problemas de salud lo suficientemente serios como para que me reconocieran una incapacidad del 65%. Estaba convencida de que ya no levantaría cabeza y sólo me preocupaba sobrevivir, en el sentido más primario. Me conseguí un trabajo modesto, dejé la prostitución y abandoné, pensaba que definitivamente, la antropología y la tesis, pero continué yendo al colectivo. Cuando, después de un período de prueba, me hicieron un contrato indefinido, se lo conté a una amiga trans y le comenté que hoy en día eso no sirve para gran cosa pues en el momento de echarte te echan igual, siendo la única diferencia que la indemnización es un poco mayor. “Es cierto, me contestó, pero con un contrato indefinido puedes obtener un crédito.” Entonces escuché una voz que gritaba: “¡Pues

me voy a operar!” Era mi voz. Me había salido espontáneamente, sin pensarlo antes. Me sorprendió porque desde hacía varios años me declaraba, creía que sinceramente, en contra de la operación, aunque hay que decir que más de una vez, en las largas noches del Arco, tuve el proyecto de operarme, pero me ponía a hacer cálculos y rápidamente llegaba a la conclusión de que nunca podría reunir el dinero necesario. O sea que, a pesar de que despotricaba contra la operación, a la que veía todos los inconvenientes del mundo y ninguna ventaja, en el fondo me moría de ganas de operarme.

Fíjate que yo tenía una amiga brasileña que es un año menor que yo y guapísima. Era una de las transexuales más famosas de España en la época del destape. Travesti, se decía entonces. Mi amiga, que se operó hace treinta años, dice que las transexuales nacemos realmente cuando nos operamos, lo que está en la línea de las declaraciones de muchas transexuales operadas que son muy positivas respecto a la operación y afirman que les ha aportado tranquilidad y cosas por el estilo. Yo era muy escéptica respecto a esas declaraciones. En la tesis las atribuyo a que han apostado tan fuerte por la operación que si reconocieran y, sobre todo, si se reconocieran a sí mismas que es un fracaso, tendrían que suicidarse. Daba, pues, por descontado que todas las operaciones son fracasos pero que las que se han operado no pueden reconocerlo. Y, a pesar de ello, me operé, impulsada por una fuerza interior. Hoy pienso al respecto que mi instinto fue más inteligente que mi inteligencia.

P.: ¿En qué consistieron los cambios que se produjeron en tí después de la operación?

R.: Los cambios se produjeron lentamente. No se sale del quirófano convertida en una persona nueva, esa persona nueva va llegando con el tiempo. Ante todo, noté que mejoró mucho mi salud. Mi consumo de medicamentos quedó reducido a una pequeña parte del que era. Un día le pregunté a mi médica de cabecera a qué atribuía que mi piel ya no necesitara, como antes, cortisona. Me contestó sin dudarle: a la bajada del nivel de testosterona en la sangre. Y mi piel no fue lo único que mejoró. Varias veces me han dicho cuán joven y guapa estoy, cosa que antes no me habían dicho nunca. No sólo mejoró mi

bienestar físico sino también el psíquico, aunque éste de forma más difícil de describir. Me siento, por decirlo de alguna forma, más cómoda en mi piel y en el mundo. Podemos decir que la operación me ha aportado alegría. Pero lo más importante para mí es la mejora de mis relaciones con mi pareja. Antes éramos famosas en el barrio por nuestras peleas. Debo decir que mis momentos de mal humor y mi arrogancia al no reconocer nunca ante mi pareja que me había equivocado eran, aunque light, formas de agresividad vinculadas con la testosterona. La prueba es que desaparecieron cuando me extirparon las glándulas que producen la mayoría de la testosterona (no toda, pues otras glándulas también la producen, aunque en mucha menor cantidad, y las mujeres también tienen testosterona en la sangre, pero bastante menos que los hombres, sólo una pequeña parte). Ahora siempre vamos cogidas de la mano. “Parecéis una pareja de pajaritos”, nos dijo hace pocos días una vecina. Nos reímos mucho y tenemos nuestro pequeño mundo infantil y femenino.

P.: O sea, ¿me estás diciendo que tu carácter cambió porque con la operación te bajó el nivel de testosterona?

R.: Las palabras de mi médica de cabecera acerca del nivel de testosterona en la sangre me llevaron a leer acerca de las hormonas. Al ser la testosterona la principal hormona masculina, simboliza la masculinidad. Pero no es sólo un símbolo. Sus efectos son muy reales. Produce agresividad, la principal característica masculina. Hay, desde luego, mujeres que son muy agresivas y hombres que lo son muy poco, de la misma forma que hay mujeres grandes y fuertes y hombres pequeños y débiles, pero lo que cuenta es la media, y no cabe duda de que, en general, los hombres son mucho más agresivos que las mujeres. Los asesinatos machistas nos lo recuerdan continuamente. Y en ello tiene que ver la testosterona, que, por otra parte, no es la única sustancia química que cambia el carácter de las personas. También lo hacen la fluoxetina (o sea, el Prozac), el litio, la oxitocina y un largo etcétera. Me parece que hay que estar ciego a las evidencias que continuamente nos aporta la ciencia para creer que el ser humano es únicamente una construcción social y cultural.

P.: ¿Adónde quieres ir a parar con esta argumentación?

R.: La antropología me inculcó, sin que yo fuese muy consciente de ello, el Modelo Estándar de la Ciencia Social, o constructivismo social, según el cual los seres humanos al nacer son todos iguales, tablas rasas, páginas en blanco en las que la sociedad escribe. Por otra parte, una frase (“On ne naît pas femme: on le devient”) de Simone de Beauvoir resume la ideología del llamado feminismo de género, para el cual la subordinación de la mujer es el resultado de una conspiración patriarcal y no tiene nada que ver con la genética o la biología. En otras palabras: las niñas y los niños nacen iguales pero la sociedad machista crea entre ellos unas diferencias que hacen que las mujeres estén dominadas por los hombres. El de género es hasta tal punto dominante dentro del feminismo que se suele confundir con él, por lo que muchas mujeres se declaran no feministas a pesar de estar contra las discriminaciones.

Fue como consecuencia de mi operación que empezó a parecerme que es cierta la afirmación de Nietzsche –que algo debió intuir de lo de las hormonas– de que la sangre es espíritu en el sentido de que las hormonas que circulan por la sangre condicionan en buena parte nuestra forma de comportarnos y, por consiguiente, de ser. Yo proclamaba a los cuatro vientos que si no me operaba era porque la operación no podía aportarme más femineidad de la que ya tenía. Es cierto que suena poco espiritual y muy materialista y biologicista (ésta es, parece, una horrible palabra) decir que la actitud ante la vida tiene algo, o mucho, que ver con el cuerpo y, en este caso, con el nivel de testosterona en la sangre. Y, sin embargo... Una persona agresiva y con sexualidad masculina no tiene la misma actitud ante la vida y ante las demás personas que una en la que no se dan estas características.

P.: ¿Y la operación te ha aportado la femineidad que buscabas o necesitabas?

R.: Yo creo que es un factor fundamental en el proceso de feminización. Sin embargo, la ley de identidad de género concede el cambio registral de sexo a las personas transexuales sin necesidad de operarse, es decir, que plantea la

separación entre el sexo y los genitales. A mí me parece que eso es una consecuencia de la separación que en la tradición occidental se da entre la mente y el cuerpo, entre el espíritu y la materia, que se refleja en las ideas de Platón, en el alma inmortal del cristianismo y en la *res cogitans* de Descartes, en un dualismo que contrasta con la visión unitaria de las tradiciones orientales, para las cuales yo soy mi cuerpo y no una entidad inmaterial como la mente o el espíritu. El dios cristiano gobierna el mundo desde fuera. En las tradiciones orientales, dios, en la dudosa medida en que existe, no es que esté en el mundo sino que es el mundo y todos y cada uno somos dios. Es probable que mi sensibilidad orientalista me haya facilitado alejarme de la postura dualista en materia de sexo.

P.: Pero la tesis transgenerista defendida en la ley de identidad de género es apoyada por todos los colectivos.

R.: Te equivocas porque en realidad, hace unos años, el único colectivo de transexuales que defendía decididamente las tesis transgeneristas, o contrarias a la operación, era el CTC (Colectivo de Transexuales de Catalunya), el colectivo en el que yo milité. Los demás o bien eran ambiguos o bien eran partidarios de la operación. Con el tiempo las cosas han cambiado y el transgenerismo se ha convertido en dogma intocable, en artículo de fe, en los colectivos. Dos trans de Barcelona, a quienes en mi tesis llamo Juliana y Sofía, crearon un colectivo de transexuales que nos hacía la competencia. Las dos eran furiosas partidarias del proyecto de ley del gobierno. Sofía fue una de las que amenazó con hacer huelga de hambre si el gobierno no lo presentaba pronto y a Juliana la he escuchado, al lado mío, decir, con contundencia, en un programa de televisión en el que participábamos las dos, que la ley nos daría nuestra identidad a las transexuales. Un tiempo después las dos, que forman pareja, fueron a operarse en Tailandia con el mismo cirujano con el que yo lo hice. O sea, que decían una cosa y hacían otra. Estaban contra la operación y se operaron. Decían que su identidad les iba a ser dada por la ley pero la buscaron en el quirófano. Su inteligencia atacaba la operación y su cuerpo se la exigía, igual que me ocurría a mí. Han hecho bien, pienso, en escuchar a su cuerpo.

P.: Entonces, ¿por qué crees que la mayoría, por no decir todos, los colectivos de transexuales defendieron el enfoque transgenerista que le dio el gobierno? O dicho de otra manera, ¿no le dio el gobierno ese enfoque a petición de los colectivos?

R.: Yo creo que la pregunta que habría que plantearse es: ¿Por qué una persona que se siente mujer en lugar de feminizarse todo lo que puede renuncia a la operación? Mi respuesta, la única que conozco, es que la marginación a la que la sociedad somete a las transexuales no deja a muchas de ellas otra forma de supervivencia que la prostitución, en la cual (y ahí está el meollo del asunto) las operadas trabajan muchísimo menos que las no operadas. Operarse equivale en la prostitución transexual a la amputación de una parte importante de los ingresos. Los clientes que van con ellas lo que buscan es, bajo apariencia femenina, un pene. En mi tesis dice Lola (y lo he oído decir varias veces): “Porque está una toda femenina, muy mujer, con un cuerpazo, en mi caso de 95-65-95, y llega un tío y te pregunta que cuánto te mide, que si tienes erecciones, que si te corres, que si echas esperma”. Otra grande y fuerte, que era la que mandaba en el Arco, decía: “¿Para qué me voy a operar si los hombres lo que quieren de mí es una buena polla y de todas formas en la calle me van a gritar: ‘Maricón’?”.

Así que lo que te digo, el cliente de trans lo que busca es masculinidad con apariencia femenina. Si buscara feminidad (mejor dicho, cuando busca feminidad, pues muchos van con unas y otras), iría con mujeres. Y las trans mejor cotizadas son las llamadas activas, las que penetran a los clientes. Estas prácticas sexuales, sumadas al hecho de que la testosterona produce una fuerte libido, lo que se da con mucha más frecuencia en los hombres que en las mujeres, o sea, que es una característica masculina, no favorecen precisamente la feminización, y entre las prostitutas transexuales suele haber mucha agresividad. En definitiva, operarse implica una fuerte merma de los ingresos.

P.: A propósito de la ley, aunque tu militancia en el colectivo apoyaba el planteamiento transgenerista –poder cambiarse de nombre en el registro sin necesidad de pasar

por el quirófano–, y eso se reflejó en tu tesis y en tu libro, abunda en las razones que te han llevado a pensar de manera diferente.

R.: Se repitió hasta la saciedad que las transexuales se sentían mujeres dando a entender que los sentimientos subjetivos de identidad deben convertirse en derecho positivo. Soy de quienes se sienten e incluso aparentan ser menores de lo que indica su fecha de nacimiento. Teniendo en cuenta que ello afecta a muchas personas, probablemente a millones, y que genera situaciones de marginación y en ocasiones de miseria extrema a causa de lo que la ONU llama “discriminación por edad”, podríamos reivindicar el derecho a que se modifique el año de nacimiento en nuestro DNI. Si la condición de mujer no tiene nada que ver con la biología, lo mismo podría decirse de ser joven. La cuestión última acaba siendo si existe una realidad objetiva o únicamente construcciones sociales.

P.: Pero lo que estás diciendo, y antes ya has aludido a ello, es que a la comunidad transexual no le interesaba tener que operarse para poder cambiar legalmente su identidad.

R.: Antes de la Ley de Identidad de Género, que fue el nombre que recibí, ninguna ley regulaba el cambio legal de sexo. Para resolver los casos que llegaban a ellos, los juzgados recurrían a las sentencias del Tribunal Supremo (que también son fuente de derecho), que concedían el cambio a las transexuales operadas. A los hombres transexuales se les exigía la extirpación de los ovarios y el útero pero no la faloplastia, que se encuentra aún en fase experimental. Además de ser carísima (más del doble que la vaginoplastia media) produce actualmente resultados poco satisfactorios tanto estética como funcionalmente y existe la alternativa de los clítoris agrandados por efecto de la testosterona hasta convertirse en mini penes.

Varios son los motivos por los que hay transexuales que no se operan, y ya he mencionado algunos, como la baja de testosterona que impide ser tan activas en la prostitución transexual, y la consiguiente merma de ingresos. Luego, como era mi caso, por el precio. También porque, con razón o sin ella, la operación ha tenido su leyenda negra que no ha desaparecido del todo. Dice

en mi tesis una de las fundadoras del colectivo madrileño Transexualia que cuando se quiso operar, en el 83, en España era ilegal y se hubiera tenido que ir a Casablanca, lo cual le daba miedo. Y de los sesenta comenta Dolly van Doll que en aquella época la operación era poco menos que un suicidio. Ella se operó en esa época en la clínica de Casablanca del doctor Burou, de quien dice que era el único médico que la practicaba en aquel entonces. Poco después añade: “Allí había muerto más de una mujer que, para no dejar rastro de su paso por la Clínica, había sido troceada y metida en un pequeño crematorio.” Fuese ello cierto o no, Van Doll está aún convencida de que sí lo era y lo cuenta como tal en sus memorias (Matos 2007). Aparte del riesgo que toda operación comporta, dicho miedo no está hoy en día justificado. Por citar un ejemplo, yo fui la segunda de Barcelona en operarse en Phuket y después de mí ha habido más de quince. Por lo que he oído, a algunas les fue menos bien que a mí y tuvieron molestias pero ninguna ha tenido problemas serios.

Además, había otra solución. Cualquiera persona puede, mediante un procedimiento administrativo, cambiar su nombre. No se permite hacerlo por uno del otro sexo pero no se prohíbe hacerlo por uno ambiguo. Dado que el apartado del sexo del DNI no se mira prácticamente nunca, una transexual no operada que se llame Trinidad (o Reyes, o Chris o Cruz, para citar sólo algunos) no tiene, en principio, problemas para hacerse pasar por mujer siempre y cuando no despierte dudas acerca de su condición femenina. Conozco a una compañera que mientras se dedicaba a la prostitución hizo una carrera universitaria, cambió su nombre de chico por uno neutro, como pueden ser Reyes o Trinidad, lo cual es algo que cualquiera puede hacer, y se consiguió un trabajo en el cual lleva muchos años pasando por mujer biológica sin nadie haya mirado en su D.N.I. donde dice “sexo”, que es algo que no se mira. ¿O es que a alguno de ustedes se lo han mirado alguna vez? Con un nombre neutro te toman por lo que aparentas y dices que eres. Y, por otra parte, a la que es decididamente viril no le sirve de mucho el cambio legal de sexo que, en sí, no aporta un plus de feminidad, lo que sí hace la operación, aunque ésta tampoco es una varita mágica que convierte a una persona muy masculina en una muy femenina.

P.: ¿Y cómo se lo tomaron tus compañeras de militancia de tantos años?

R.: Pues imagínatelo, en el colectivo, tanto para mis compañeras como para mí era evidente que al no estar yo de acuerdo con el proyecto de ley no tenía sentido que continuara y dejé de asistir a las reuniones. Para mí fue una ruptura dolorosa pues el colectivo había llegado a tener un lugar muy importante en mi vida. Pero los sinsabores llegaron también del medio universitario. Mi tesis tuvo bastante éxito académico. En su lectura, además de obtener la nota máxima, coseché muchos elogios. Me valió una cordial relación con universitarios influyentes, invitaciones a dar conferencias y que varias doctorandas se pusieron en contacto conmigo. Pero en cuanto fue evidente que ya no defendía, como en la tesis, que las diferencias entre hombres y mujeres son fruto únicamente de la socialización, se acabaron las relaciones cordiales con universitarios, las invitaciones a dar conferencias y los contactos con doctorandas. Mi impresión es que en la universidad española actualmente no hay sitio para una ciencia social no constructivista.

P.: Y según tu opinión, ¿cuándo se da en una persona el cambio de sexo real?

R.: Entre los seres humanos, nunca. Hay animales que se pasan una parte de su vida procreando como hembras y otra como machos. Eso es imposible entre los seres humanos. El sexo genético, el cromosómico, el gonadal y el germinal no pueden ser cambiados. Harry Benjamin le decía a una transexual que aunque ello no debía afectar a su desarrollo como mujer, en realidad ella no era una mujer sino, médicamente hablando, un neutro. Una de las palabras con las que los indios americanos designaban a sus transexuales significaba “ni hombre ni mujer”. Pero nuestro ordenamiento jurídico es bipolar, no contempla otra posibilidad que la de ser hombre o ser mujer. Lo neutro no puede ser clasificado como tal sino necesariamente como hombre o como mujer. La cuestión es con base a qué criterios, teniendo en cuenta, por una parte, los deseos del individuo y, por otra, la conveniencia y los puntos de vista de la sociedad. El criterio social acerca de lo que es ser

mujer ha variado y se ha diversificado en las últimas décadas, pero yo diría que en ninguna de esas variadas percepciones sociales de lo que es ser mujer puede incluirse a personas con genitales masculinos. Se diga lo que se diga –y se han dicho muchas cosas–, estoy segura de que la idea de que a una persona con pene y testículos se le conceda la condición legal de mujer choca al ciudadano medio, por lo cual la imagen de la transexualidad se degradará y la ley, al contrario de lo que se dice, no nos aportará dignidad a las transexuales sino que nos la quitará.

A lo que quiero llegar es a la conclusión de que la opinión más sensata que es posible encontrar actualmente en nuestro país respecto a

los criterios que deberían regir el cambio registral de sexo es la expresada por el Tribunal Supremo en la primera sentencia que lo autorizó, de 1987, y que abrió el camino al cambio legal de sexo en España, al afirmar que: “...el varón operado transexualmente no pasa a ser hembra, sino que se le ha de tener por tal por haber dejado de ser varón por extirpación y supresión de los caracteres primarios y secundarios y presentar unos órganos sexuales semejantes a los femeninos y caracteriologías psíquica y emocional propias de ese sexo”.

En mi opinión, en lo que respecta al cambio registral de sexo hemos cambiado una buena jurisprudencia por una mala ley.

BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMIN, Harry (1966): *The Transsexual Phenomenon*, Nueva York, The Julian Press Publishers.
- BOLIN, Anne (1988): *In Search of Eve: Transsexual Rites of Passage*, South Hadley, MA, Bergin y Garvey Publishers.
- BOLIN, Anne y GRANSKOG, Jane (eds.) (2003): *Athletic Intruders: Ethnographic Research on Women, Culture, and Exercise*, Nueva York, State University of New York Press.
- MATOS, Pilar (2007): *De niño a mujer. Biografía de Dolly van Doll*, Barcelona, Arcopress.
- FAUSTO STERLING, Anne (1985): *Myths of Gender. Biological Theories About Women and Men*, Nueva York, Basic Books.
- GUASCH, Oscar y VIÑUALES, Olga (2003): “Introducción” en Guasch, Oscar y Viñuales, Olga (eds.) (2003), *Sexualidades: Diversidad y control social*. Barcelona, Editorial Bellaterra, pp. 9-18.
- HACKING, Ian (2001): *¿La construcción social de qué?*, Barcelona, Paidós.
- HERDT, Gilbert (ed.) (1994): *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*, Nueva York, Zone Books.
- MEJÍA, Norma (2006 a): *Transgenerismos. Una experiencia transexual desde la perspectiva antropológica*, Barcelona, Bellaterra Edicions.
- MEJÍA, Norma (2006 b): *Transgenerismos, una aproximación de etnografía extrema*. Ponencia inédita presentada al curso *Sexualidades en movimiento, derechos a debate*. UIMP, Santander, 31 de julio-4 de agosto 2006.
- NIETZSCHE, Friedrich (1970): *Así habló Zaratustra*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- ROTHBLATT, Martine (1996): *The apartheid of sex. A manifesto on the freedom of gender*, Nueva York, Crown Publishers.